

LA UNIVERSIDAD LABORAL DE CÁCERES

(ENCUENTRO DE ANTIGUAS ALUMNAS)

MANUEL VAZ-ROMERO NIETO

GENERALIDADES

Las hojas del calendario señalan un día, ya marcado para siempre en la historia, de la que fue Universidad Laboral Hispanoamericana de Extremadura. Es el 21 de junio de 2003. Desde fechas anteriores, los medios de comunicación han adelantado a la opinión pública el evento que se avecina. Y dichos medios habían reflejado en sus columnas varios editoriales y artículos, con el acontecimiento que, en aquellas fechas, era el referente de mayor atractivo para la ciudad de Cáceres. La que ese día acogía con los brazos abiertos a más de mil mujeres que, cuando adolescentes, habían pisado sus calles y plazas, y se habían educado en los pupitres de mencionado centro.

Las noticias suministradas, con tal ocasión, aparte de los comentarios realizados en los programas de radio, en la prensa local, lo fueron a través de los siguientes diarios, y en las modalidades señaladas:

- Noticia publicada en el periódico “Hoy”, el día 19 de junio de 2003.
- Artículo publicado en “el periódico Extremadura”, el día 21 de junio de 2003.
- Noticia publicada en “el periódico Extremadura”, el día 22 de junio de 2003.
- Primera plana del periódico “Hoy”, el día 22 de junio de 2003.
- Noticia publicada en el periódico “Hoy”, el día 22 de junio de 2003.

Éste no fue otro que el “encuentro de antiguos alumnos” de la otrora “Uni”. La fiesta tenía que ser grande. Había de ser grande. Y sonada. Porque habían pasado ya muchos años desde que, un lejano día, en aquel 4 de noviembre de 1967, se iniciara la trayectoria de dicho centro, en la venturosa navegación por el mar de la docencia, de una educación integral que fue paradigma en muchos kilómetros a la redonda.

Una trayectoria, compleja, pero gozosa y fecunda, a través de ese camino transitado por más de 20.000 alumnas, llevando en sus alforjas, de muchachas hijas de labradores, todas las ilusiones posibles, a fin de que pudiesen alcanzar en este macrocentro blanco, distribuido en módulos horizontales por la finca “El Cuartillo”, una formación que les daría la dignidad de una formación integral y los valores que fueran el sello definitivo con los que poder lanzarse a la vida de sociedad. Su misma imagen, de trazado rectilíneo, con múltiples hileras de ventanas, en ritmo acompasado y lleno de majestad, con un toque de ruralismo provinciano, sería un buen acomodo para la rumia y el aleteo de una rica transmisión de conocimientos...

Los coches, en caravana alegre, llenos de centenares de mujeres, todavía jóvenes, se dirigían nerviosos al lugar elegido para el encuentro con otras alumnas que, durante años, recibieron una educación que ya hubieran querido para sí otras muchas adolescentes de aquella época. Y conforme se iban acercando, el corazón les latía cada vez más deprisa. De pronto, la nube de coches aparcados terminará por hacerse avalancha, ya dispuesta al ritual que no tardará en iniciarse. Unas y otras se miran, se observan de reojo, indagando amistades viejas, compañeras antiguas, colegas del mismo curso, de aquellos pasados años...

El día se hacía momento único para el recuerdo de muchas cosas vividas en común, en las espaciosas instalaciones de aquella “Uni” a la que tanto le debían. Llegaron, hacía ya varios lustros, todavía muy jóvenes, ante los muros blancos de este centro que se les abrió de par en par, donde encontraron la levadura de una formación que les sirvió para madurar en la vida, y para llevar en sus maletas de regreso a sus lugares de origen el espíritu de lucha y el quiebro, ya irreversible, de unos principios capaces de servirles en su futuro caminar de ciudadanas responsables.

Y es que la Universidad Laboral le dio capacidad de análisis, voluntad de estudio y acendrada disciplina, mientras que ellas dieron a la Universidad la frescura de sus años en agraz, ofreciendo el vaso de su tierra virgen donde todo un ejemplar profesorado había de echar la semilla

de una formación que fue referente durante un largo tiempo, porque hablar de “La Laboral” era como hablar de un hondo compromiso con el trabajo, renuncia a la holganza y comportamiento modélico en la tarea de cada día.

Todo esto se agolpaba en aquellas exalumnas que ahora, tras los muchos años transcurridos, llevaban, en sus mentes y en sus corazones, una buena dosis de experiencias vividas y la fuerza con la que crecieron y la semilla que aquí se les sembró, llena de muchas ilusiones, puestas en la ruta aquí fijada e iniciada en tan fértiles aulas, donde aprendieron las cosas del mundo y de la vida, para luego seguir cada una por el camino elegido.

Van llegando al centro. Y va llegando ese momento que ha de permanecer imborrable en la memoria de quienes tuvieron la fortuna de vivirlo. Pero antes de llegar, tiemblan muchas de emoción. Hay desasosiego en ellas. Y nerviosismo. Y ansiedad. Y mucha curiosidad porque todo parecía casi nuevo, porque eran muchos los años pasados. Venían más mayores, venían más mujeres, y llegaban, sobre todo, con un deseo grande para el abrazo, el saludo festivo, la risa a borbotones...

Y, en medio de todo, el inevitable suspense. Pero, de pronto, irrumpe la algarabía, pues todas empiezan a reconocerse. Y se inician los primeros abrazos, mientras las lágrimas de contento brotan de los ojos ya decorados con ese maquillaje que, durante estudiantes, alguna se daba a hurtadillas. Surgen, por fin, las carreras hacia el abrazo de una compañera que se acaba de identificar. Las voces y los gritos ya no tienen tasa...

Todo eran preguntas. Todo indagaciones. Sobre su colocación. Sobre su vida en las diferentes lugares a donde ésta las había llevado. Todo era un ir y venir. Se hacían grupos. Se deshacían. Nuevos abrazos. Nuevos saludos. Y siempre risas. Y el encuentro con el profesor, con el “hueso” y con el bueno, o con aquél, quizás, del que un día hasta alguna se llegó a enamorar. También, abrazos y besos con los profesores, pues el tiempo ya era otro, y el pudor de entonces había desaparecido, cuando, en aquellos años, la distancia entre aquéllos y éstas siempre impuso un poco de pudor a la hora de los afectos.

Los momentos discurrían, pero todas se habían vuelto a ver. Unas venían de Navarra, de la Pamplona sanferminera, algunas de Miranda de Ebro, ciertas de Zaragoza, de la tierra de la “Pilarica”, y también, de la otrora industrial Avilés; de la imperial Toledo, de la cervantina Alcalá de Henares, de la Córdoba califal, de la Almería tostada por soles abrasadores, de la

luminosa Albacete, de la mudéjar Teruel, con su torico enhiesto en su alta y desproporcionada columna...

Es decir, de aquí y de allá, de los lugares más distantes. Porque, en ningún momento, estas chicas de entonces, habían tenido ninguna pereza en regresar a este terruño, que tenía como bandera un hermoso templo del saber, en blanca escudería, que era la Universidad Laboral, de Cáceres, hoy IES, "Universidad Laboral", y otra bandera hecha de siglos, con esas moles palaciales que asombraron a nuestras muchachas, durante su estancia con nosotros...Y, cómo no, en sus cercanías, una tercera bandera que ondea, diariamente, en el "Campus", de las nuevas Facultades Universitarias, que se hicieron manantíos de saberes y conocimientos...

Y llegaron también, cómo no, del extranjero, como alguna que tomó su maleta, en la Bruselas de la moderna UE; otra en la fría Estocolmo, hacia las calientes tierras extremeñas; otra en la germana Ludwigshafen, etc., y en tantos lugares, como los Estados Unidos... Lugares todos ellos que fueron controlados por la "web" del I.E.S. actual, convertida en instrumento extraordinariamente eficaz para alcanzar los puntos más recónditos.

Algunas ex-alumnas llegaron acompañadas de padres y madres, hijos, hermanos y algún que otro familiar. Porque la alegría, cuando es compartida, se hace más grandes, más honda, más auténtica.

Mientras tanto, la organización marchaba según lo previsto, como un reloj que había puesto en hora el buen saber hacer de ese profesor, ya de escaso y cano pelo, de alta talla, frente espaciosa, gafas de montura metálica, llamado Juan Luis Corcobado. Toda una institución en el centro, cuyo evento había organizado como un gran oficiante y hábil muñidor, cayendo sobre sus espaldas toda la responsabilidad, para que este día, de sol y abrazo, discurriera de la mejor manera posible.

Y ¿de qué hablaban las ya mujeres hechas y derechas, cuando la lágrima se secaba y acababan los abrazos? De tantas cosas que no habría espacio suficiente para dar cabida al torrente de recuerdos y vivencias. Hablaban, aquí y allí, en pequeños corros, de aquella ocasión inolvidable, de las salidas a la capital los fines de semana; de sus escapadas a "Bol" y "Faunos", de la excursión a la ciudad de turno, del viaje largo al extranjero, de las clases con algún profesor; de la piscina climatizada –solaz prohibitivo para el resto de los centros cacereños–; de las inacabables charlas con las amigas, al atardecer, recordando momentos, algún incidente, o el primer amor salido de la sala de fiesta de un fin de semana...

De todo se hablaba. Y también de sus actuales colocaciones, de los hijos, quizás de algún matrimonio roto, de los problemas de cada día. Pero, ante todo y sobre todo, se hablaba de esa gran señora, blanca y majestuosa, con la que ahora se habían encontrado: la Universidad Laboral, que fue como una madre para ellas, fértil vigor para el camino que ellas debían iniciar nada más terminar sus estudios en el seno de la misma.

EL ACTO ACADÉMICO. INTERVENCIONES DE PROFESORES Y ALUMNAS

El salón de actos está repleto de público. Son las once de la mañana. Los últimos murmullos, y el silencio, al fin, llega. Porque está a punto de iniciarse el acto, el evento solemne en que se va escenificar, de manera oficial, el encuentro. Todo ha sido programado por el profesor “Corco”, auxiliado por algunos compañeros.

Cada uno ya sabe su guión, en el que van salir a relucir las más gratas expresiones abrasadas de afectos, y va salir de los adentros ese temblor de complicidad que, durante casi tres décadas, ha existido entre profesores y alumnas. Aquéllos, comprometidos con su alta misión, éstas siempre voluntariosas en sus quehaceres de clase, espoleadas por aquella beca que no se podía perder, porque los padres eran modestos labradores y no podían permitirse el lujo de dar a sus hijas, pagando, la educación que estuvieron recibiendo en este paradigmático centro.

El primero en tomar la palabra fue el profesor Corcobado, alto y digno, sobrio como siempre, pero en esta ocasión más cercano, porque el momento así lo exigía. “Creo no exagerar, dice, si afirmo que éste va a ser un día que pasará a la historia de nuestro centro”. Porque, son tantos los mensajes afectuosos que han recibido, “tantas las palabras generosas que nos habéis dedicado, que no os extrañéis si la emoción se desborda al hablaros”. Aquel profesor, pues, que era un poco distante, el profesor estricto de años pasados, ahora se presentaba próximo y entrañable.

Estaba feliz y a gusto entre tantos rostros que lo miraban sin perder un ápice, escuchando sus palabras que sonaban amables y cordiales. Y termina con este rotundo aserto que es emblema y estandarte de “su Uni”:

“La Laboral era un centro excepcional por vosotros. Porque vuestro esfuerzo, vuestro afán de aprender, vuestra, me atreveré a decirlo, forma de querernos, nos situaba a todos al mayor nivel que cada uno de nosotros podía alcanzar”.

Un cerrado aplauso coronó sus palabras. Seguidamente, sería Jesús González Javier el que ahora se dirige al auditorio, que sigue estando expectante ante lo que vaya a decir. Habla del “encuentro”, con tantas cosas de la vida, con el cuerpo, con los sentimientos, que se hacen amistad fuerte y perenne. Una amistad alegre y llena de silencios, de bromas, de palabras, de secretos... Y vuelve a hablar de los “encuentros” con los átomos, con la polea, la palanca, con las explicaciones biológicas, con las palabras, con la “historia callada”, con los idiomas, con las artes, con el deporte...

Era la filosofía de la vida la que ahora afluía en los labios de este profesor, adusto, introvertido, con su ausente sonrisa, de tez blanca, crítico a veces y buen compañero siempre, de voz pausada y fría, pero ahora próxima a todos, pues es preciso no desentonar en la cercanía orquestada del momento, en que los sentimientos están a flor de piel.

“Llevo en mi corazón esta Universidad”, dirá Dolores Ruiz. Y la llevo, expresa, desde que acabé el COU en 1977”. Ésta para ella era su segunda casa, su segunda familia, “que me vio crecer durante seis maravillosos años, desde los 11 a los 17, a la que nunca la podré olvidar ni dejar de querer”. Luego inicia un recorrido sentimental por tantas cosas que vivió y sufrió, junto a tantas chicas ilusionadas como ella misma. Hace un repaso a la piscina climatizada, a las paralelas asimétricas, la colchoneta enrollable, al ping-pong, al cine, a patinar por las rampas de la residencia...

Pero no quiere acabar su intervención “sin dar infinitas gracias a todos los que habéis hecho posible este gran encuentro, ¡es para quitarse el sombrero!” afirma. Nunca alcanzaréis a saber la felicidad que habéis traído a nuestra vida”. Un abrazo para todos les dedica. Para tantos profesores, como Urbano y Genoveva, Corcobado, Mariano y Regina, Aranguren, Mari Luz Merinero, Ángeles Valhondo, Daniel Sanz, Benedicto, José María Serrano, Manuel Malillos, Puri, Maritina, Mina, etc., etc.

“Caros maestros: acudo a saldar con este ramo de pocas y sencillas palabras la deuda con vosotros contraída por las muchas y ricas que me dísteis”. Así empezaba su discurso, amable, Isabel Pulido. Y, para dar altura a sus palabras toma prestada alguna estrofa de Carlos Barral, en que habla de “tierra “y de “piel”, y de recuerdos de aquellos años...“Este recinto” –señala–, durante algunos años, un “bullidero de vivencias para receptáculos flamantes, almas puras que dejaban tras de sí un pueblo y una infancia más o menos afortunada”.

Y hablará de los “queridos profesores”, de “aquella primavera de la edad, otra fuerza, que crecía y se ramificaba como una estampida de risas

en un bosque oscuro...” Terminará con un elogio a la enseñanza “que recibimos aquí”... La nostalgia haría, al final, acto de presencia.

Rosa Martín Hernández vuelve al recuerdo recurrente: “Desde nuestros pequeños pueblos se nos abría la primera gran puerta de nuestras vidas. Con una maleta llena de ropa ‘heredada’ de los hermanos, pero repleta de ilusiones...”. Y pone de relieve aquéllos años que fueron “decisivos en nuestra formación, y en ese viaje hacia el conocimiento...” Alude, luego, a la formación recibida; por eso, dice: “somos luchadores, críticos, tolerantes, sentimentales, sin duda, grandes románticos del siglo XXI...” Y finaliza así. De esta manera tan pasional: “Por todo lo que nos diste y nos darás, hoy volvemos a ti, Laboral querida, con nosotros vas, nuestro corazón te lleva”.

Le toca ahora el turno a Teresa Perales. Es de Belmez, la cordobesa, que vino con “catorce años recién cumplidos a la Laboral y salí con cuatro años más tarde para estudiar veterinaria”. “Pasé, luego, indica, de la familia a la comunidad, y aprendí a compartir... a administrar mi pequeña economía, descubrí la independencia, y descubrí la biblioteca...” Pasa, seguidamente, a lo que supuso para ella la “vida en común”: con gente de orígenes tan diversos y tan distantes geográficamente que “me hizo efecto de vacuna en vivo, no atenuada contra nacionalismos de cualquier tipo, y viva donde viva cada uno...”.

“A seiscientos kilómetros de distancia llevo diez años recogiendo la cosecha cacereña de mi vida”, expresa Carmen Romero: “Riquezas de conocimiento, de experiencias, de paisajes, pero, sobre todo, de relaciones”.

Por su parte, el profesor Benedicto Palacios, robusto y calvo, campechano, hablará de dar gracias

“por darnos la oportunidad de recuperar nuestra dignidad de profesores, dignidad tan deteriorada hoy. Gracias por recordarnos cómo éramos y no como somos, por haber formado parte de nuestros proyectos y de vuestras ideas. Nos disteis mucho entonces, nos lo habéis dado nuevamente ahora. Sois una parte muy importante de nuestra vida. Si ha sido fértil, algún crédito os corresponde”.

Tan hermosas palabras fueron muy aplaudidas y a alguna que otra exalumna le rodó una lágrima por sus mejillas ruborosas... José María Serrano, el andaluz bajito y jovial, humanísimo, abierto al arte y al mundo de la amistad, siempre sonriente, próximo al amigo y a todos, hablará de

recuerdos “imborrables”, de “agradecimiento infinito”. Y, sobre todo, de “cariño”. Su técnica siempre sería –señala– utilizar el “entusiasmo juvenil, a pesar de los más 25 años transcurridos desde la última ocasión”. Y habla del amor. De ese amor del que nos examinarán al final de nuestros días. Era su “última clase. Mi nube”.

Finalmente, Luis García-Camino Burgos, escribirá diciendo que manda “una copia” por la red preparada por la Universidad Laboral, de su último libro de poemas... Él no ha podido estar presente, pero envía lo mejor de él que son sus poemas.

REFLEXIONES Y COMENTARIOS DE ALUMNAS, SOBRE LA UNIVERSIDAD LABORAL

Habían hablado los profesores y alguna alumna antigua. Habían hablado poniendo el corazón por delante. Sin ninguna crítica. Sin ningún reproche. Sin nada que pudiera echar agua a ese vino de la magia que ahora recorría por cada uno de los rincones del salón de actos del centro, en aquel momento templo de la amistad y lugar para el abrazo, la risa desbordante, la complicidad en la memoria de toda una vida pasada. Pues se trataba de sus más auténticos años, transcurridos en sintonía de obligaciones, estrictos deberes, ilusiones blancas y queridos proyectos, hechos siempre con el lazo de la amistad...

Ahora iban a hablar sólo las muchachas, ya hechas mujeres plenas, cada una en su trabajo de adultas, algunas con hijos, y una experiencia ya a costas tras el tiempo transcurrido. La red del centro había dispuesto para la ocasión un llamado “Libro de visitas”, que incitaba a la escritura de vivencias, recuerdos, reflexiones, comentarios, puntos de vistas diversos, para así vaciar, siquiera un poco, el alma en este vaso de impacencias y de recuerdos imborrables.

Esta era la oferta: “Como visitante de nuestra web puedes dejar un breve mensaje en un ‘libro de visitas’ que hemos preparado al efecto, y también puedes leer los comentarios que otros visitantes nos han dejado, incluido el tuyo mismo, a los pocos segundos de que nos lo hayas escrito. Elige tu opción”.

Hay toda una tormenta de decires, de palabras, de ideas, de flujos y reflujos del alma que se han asomado al libro de visitas. Todas hablarán bien de su amado centro, de su querida “Uni”. Una dirá: mi paso por la

Laboral es “inolvidable y lo repetiría mil veces”. Otra: “es superagradable recordar lo felices que fuimos hace dos años en nuestro encuentro”. Nunca olvidaré, dice alguna, los cuatro años que pasé en el Cei...”. Otras hablan de añoranzas y recuerdos, de los buenos momentos transcurridos. No falta la que afirma que “la Laboral es el mejor colegio en que yo he estado y estaré. Corcobado es el mejor profe de matemáticas, y Pedro J. también es muy bueno...”. Son todas ellas frases entrecortadas, vivas y frutales, que dicen mucho de esa “Laboral” que tanto las marcó en su paso adolescente...

Otras ya, con nombres y apellidos, hablan de muchas cosas, y todas sabrosas, en que hacen asomar el corazón a sus palabras que sólo tienen expresiones para los afectos, las gracias entusiastas por tanto como recibieron de ese centro, ya inolvidable para el resto de sus vidas. Y todas con la sinceridad más absoluta, con la más entrañable afirmación de la decisiva importancia que supuso para todas ellas su paso por este Centro cacereño, acostado cabe las piedras añejas de la Ciudad Monumental.

Rosi Román, ante el anuncio del encuentro del día 21, dice que se ha emocionado al leer el nombre de Juan Luis Corcobado, “nuestro entrañable y estricto profesor de matemáticas”. “Descubrí un mundo y a unas gentes que nunca he olvidado”, dice Herminia González. “La alegría ha sido inmensa cuando me he enterado de que se ha organizado un encuentro de antiguos alumnos”, señala Rosa M.^a Rueda. “Seis años de mi vida que recuerdo con auténtico placer”, indica Juani Pérez. “No sabéis las ganas que tengo de que llegue el día 21”, exclama M.^a José Martínez.

Y las lágrimas que no falten: “Tengo que confesar que no he podido contener las lágrimas al dar el paseo virtual; de repente todo me vino a la cabeza como si hubiese sucedido ayer”, expresa Belén Martín. “¡Cómo vamos a olvidar aquella etapa. Machado decía que “se hace camino al andar”, pues nosotras lo comenzamos en la Laboral”, explica Rosa Martín. “Me hace ilusión el poder comunicarme con gente tan bonita como conocí en la Laboral”, prorrumpe Sara Bolaños. “Deseo que llegue el día 21 para poder ver, de nuevo, a mis compañeras de mi promoción del 76-80” (Leonor Jiménez)...

Y siguen así todas, llevando a la página web de la Laboral sus ilusiones compartidas, sus empeños logrados, sus proyectos entonces en ciernes y lanzados hacia un futuro ilusionado. Y brota, incontenible, su agradecimiento más cálido para esa matrona nutricia que fue para ellas la Universidad laboral. “Estoy encantada, dice una alumna, con la idea de

volver a ver a antiguas compañeras y amigas, y a los “profes”, que, por cierto, lucís estupendos en la galería de retratos” (Ana Luz Sánchez). “Esto va a ser el mayor acontecimiento en Cáceres, desde que se creó la Laboral” (M.^a Cruz Álvarez). “Me cuesta trabajo describir todos los sentimientos y recuerdos que me invaden ahora mismo” (Pilar Reyero). “Estoy emocionada hasta la médula. Recordar esos años es volver a vivirlos y eso es lo importante” (Manuela Gutiérrez). “Ya estoy haciendo acopio de kle-enex. Hasta el día 21 (M.^a Esther Pérez).

Nuevas emociones y confianzas, todas ellas enchidas de veraces expresiones: “En la Laboral aumenté mi familia, compartí penas, alegrías, llantos, canciones, pero lo más importante para mi fue que senté unos cimientos que son la base de mi vida: la tolerancia” (Carmen Martín). “Desde que me enteré del encuentro y me inscribí estoy desvelada” (Pilar Giner). “Estudié en la Laboral del 76 al 80. Ahora vivo en Orlando, EE.UU., así que no podré estar ahí en ese estupendo día, por favor haced muchas fotos, e incluso podéis pensar en hacer un ‘vídeo oficial’ del evento” (Isabel Pereira). “Recuerdo las salidas a Cáceres para comernos una ‘bamba’, al principio, y más tarde, ir a la discoteca Faunos, las largas noches sentadas alrededor del ‘calefactor’ hablando de temas nuevos para nosotras, la llegada del recreo para ver si teníamos correo...” (Reyes Guerrero). “Estos años de la Laboral han sido los más importantes y decisivos de mi vida” (Concha San Segundo).

Nuevos decires, nuevas exclamaciones que salen del alma: “Durante siete cursos, ansiando las vacaciones y, al cabo de tantos años, añorando el regreso a la Uni” (Elisa Rovira). “Un saludo a todo el personal docente y no docente de esa casa en la que tan bien se sabe tratar a las personas” (Petra Sánchez). Violeta Suárez recuerda el ejemplo de algunos profesores, como D. Roberto-“hombre realmente bueno, uno de los mejores profesores que he tenido en mi vida”; D. Urbano, que influía en que fuéramos geólogos; D. Juan Luis Corcobado, que casi consigue “hacer de mí alguien tan ordenado con su humor tan inteligente y socarrón”; Palazuelos, “con aquella facilidad suya que nos abrió a los ojos a la economía; D. Carlos Ceballos, D. Manuel, el que nos “enseñó a disfrutar del análisis de cualquier cuadro en una exposición...”. Y disfruté con las clases de Jaime Naranjo y tantos otros.

Artemia Mendo agradece, muy de veras, el pasado día 21 que ha sido “inolvidable, con “miles de recuerdos, miles de personas y miles de lágrimas que se han derramado...”. Gema Porras dice que llegó siendo niña,

saliendo convertida en adulta, con una marcada personalidad, cultura y unos valores...”. Gracias por vuestro trabajo y el cariño que nos habéis demostrado”. Conchi Bermejo habla de esa “gran temperatura que acogió nuestro corazón cuando las palabras evocaban los años vividos, nuestras manos aplaudían emocionadas y nuestros ojos se llenaban de lágrimas...”.

Por su parte, Alicia Toro, dirá: “Todo volvía a pasar por mi cabeza: nombres, apellidos, anécdotas de la convivencia, profesores, detalles sorprendentes...”. “Tuvimos los mejores sembradores”, escribirá Elisa Rovira. “Cada vez que hablo de acontecimiento, se me saltan las lágrimas y me corre un escalofrío por todo el cuerpo”. Raquel F. Vallejo da besos para todos aquéllos que “tuvimos la gran fortuna de estar en esa maravillosa Laboral”. Y Rici, Flory, M. Luz Moure, todas ellas, se deshacen en elogios y halagos para esa Laboral. E Isabel agradece a los que la enseñaron, a los que fueron sus maestros...

Nuevas confesiones de Esther Pérez y Esther Garrido, quien señala: “Lo que soy y como soy se lo debo en gran parte a ese centro (y al de Zaragoza)”. M. Gutiérrez se refiere a las personas que conoció: “Todas me fueron válidas por las veces que lloré de amor, de rabia, de dolor, de alegría, de felicidad...”. Mercedes Martínez: “El encuentro ha sido una convulsión que me ha zarandeado por dentro...”. Y habla de ese pasado que “nos marcó a fuego”. Rosa Martín recuerda cómo, desde las primeras horas del día, “la Laboral palpitaba”. Y recuerda, por la noche, cuando cantaban, al despedirse, “adiós con el corazón, con lágrimas de pena...”. “Siempre pensé, escribe María Enriqueta, que le debía mucho a la “Uni”, ahora he podido comprobar que le debo casi todo lo que soy”.

Y Mary Cruz Álvarez, refiriéndose al profesor Corcobado, al que muchas de las chicas se refieren con grandes y cálidos elogios, le dice: “Has logrado, no sólo reavivar nuestros recuerdos, reencontrar a compañeras, sino algo muy importante y es que, además de ser una generación privilegiada, los valores y saberes inculcados en su día por todos vosotros han dado su fruto, el de la verdadera amistad. La constante lucha por transmitir valores como el respeto y la amistad hace que el tiempo nos devuelva lo que dimos en su momento”. Y Mary Luz Barahona: “Me encontré con personas maravillosas que han contribuido a mi educación, formación y personalidad”.

“Recibimos una magnífica formación. Por ella quiero dar las gracias a todos los profesores”, exclama Concha San Segundo. “Estoy segura que somos como somos por nuestro paso por la Laboral” (Pilar Vázquez); La

laboral me proporcionó “las claves para hacerme persona” (Carmen Vaquerizo); “El mejor sueño que he tenido en mis 43 años de vida” (Loly Ruiz). Y luego, ésta misma, se refiere con cariño al profesor José María Serrano al que define como al “mejor profesor de Latín que jamás conoceré”. Y éste mismo le contesta, “provocado”: “¡Cómo me halaga lo de que no debía estar permitido jubilarse a profesores como yo!”. Y otras, como María del Canto Lorenzo, hablaba y hablaba de ciertas anécdotas, todas entrañables, sucedidas en la Laboral...

OBLIGADO EPÍLOGO

Podríamos seguir con más ejemplos, porque, es “tan fuerte” lo que se acaba de transcribir, de tanta emotividad, que sería dejar un vacío que nos estaría gritando sin cesar si no hubiéramos abordado estas sensaciones.

Confesamos que nunca, como ahora, hemos tenido un nudo en la garganta ante el cúmulo de palabras brotadas directamente del corazón; nunca, como ahora, el sentimiento, el pellizco del cariño, la recia sinceridad de unas mujeres que dejaron aquí, en su queridísima “Uni”, nos ha “tocado” tanto. Sí estamos “tocados”. Porque ha sido tal el fragor del alma que se asoma al perfil de la radicalidad de lo sincero, ha sido tal la convulsión de expresiones, sentires, frases, risas, mohines, cálidas afirmaciones, la magia del recuerdo, la emotividad de lo manifestado... que nunca en la vida hemos sentido lo que con tales palabras se ha provocado en nosotros.

Por eso, para seguir una línea de análisis ecuánime, sin caer en el simple ternurismo, en el comprensible incienso del butafumeiro, nos hubiera gustado tener, en esta ocasión, la palabra justa sobre lo “vivido” y escrito, tanto por profesores como por las alumnas, del psicólogo o del sociólogo experimentado. Para, de esta manera, saber poner los puntos sobre las íes, diferenciar el trigo de la paja, dilucidar bien cada uno de los pasajes, huyendo siempre del elogio gratuito, del halago innecesario, o de tópicos manidos.

Pero nuestra sorpresa y respuesta saltan enseguida, porque en todo lo dicho, no pudo haber conductas interesadas, no pudo decirse o escribirse elogios que esperaran premios, ni aprobados gratis, ni “regalos”, ni prebendas de ningún género, porque todas, las otrora adolescentes, estaban ya en sus lugares de trabajo logrando en su dedicación diaria el

premio mejor que es la satisfacción del deber cumplido. Todo lo que se afirmó, escribió y comentó, salió del interior del alma.

Y nada pudo ser algo gratuito y falso, ni mendaz. Sino todo lo contrario. Las voces, las exclamaciones, las efusiones, las confesiones hechas, bajo la mayor confidencialidad, salieron del hondón del espíritu, de esos recónditos rincones que todos tenemos, y, que alguna vez en la vida, echamos afuera, para quedar más tranquilos y realizados.

Es decir: fue como una profunda catarsis de todos y de todas. Se dijeron cosas que, en circunstancias normales, no se hubieran dicho nunca. Se dijeron cosas que, muchas veces por pudor, otras por un mal entendido punto de vista, nos callamos y silenciamos. Aunque luego nos arrepintamos. Aunque luego nos esté escociendo la egoísta y cómoda timidez en que nos hayamos escudado. Aunque luego, nos los estemos recriminando el resto de nuestras vidas.

Pero si este apartado del sentimiento es una poderosa ola que todo lo anega, si el torrente de palabras que hemos visto desbordarse continuamente, en cada momento, ha dejado en nosotros toda una vivencia pocas veces sentida, vivida y oída, porque, de común acuerdo, y sin acuerdo, valga la paradoja, el ciento por ciento de las mujeres se ha pronunciado del mismo estilo y forma, es también otra enorme sorpresa el que, muchas exalumnas, hablen, igualmente, de los valores que en “la Laboral” recibieron en estos años.

¡Cuántas expresiones han abundado sobre ello! ¡Cuántas veces han repetido que son lo que son por lo recibido en este macrocentro de Cáceres al que ya no van a olvidar nunca. Cómo hablan de la tolerancia, de los descubrimientos que fueron teniendo a lo largo de su estancia aquí. Cómo hablan de aquellos cimientos que ellas aquí encontraron y que les había de servir para fundamentar su vida futura.

Aquí aprendieron a convivir, a valerse por ellas mismas, a tener esa “modernidad” inequívoca que adquirieron. Aquí, afirman, aprendieron a mirar, a expresarse, despertando al mundo de fuera, al respeto con todos y todas, a tener una “marcada personalidad”, una cultura, un estilo propio, un sello inconfundible; a tener emociones, a gustar sabores nunca sentidos, y ver lugares nuevos... Y aquí tuvieron los “mejores sembradores”, los mejores educadores, las mejores amistades. Aquí maduraron, señalan todas, mediante la enseñanza estricta, el ejemplo y el testimonio del profesor de turno. Y aquí recogieron el fruto de una enseñanza moderna, exigente, y humanista, cercana, fecunda, solícita...

Y, en contrapartida, sienten lo mucho que ahora le deben a esa “Universidad Laboral” que, para todas ellas, fue como una solícita tutora que siempre las escuchaba y atendía, con consejos, buena orientación para la vida y la palabra cercana y oportuna en cada instante. Por eso sienten lo mucho que ahora le deben, por el fruto recogido, por lo tanto logrado, por la luz y el color que aquí las inundó...

Por esa amistad nacida en el seno de esta inmensa fábrica blanca, de caracteres y personalidades, que es la “Uni”, en definitiva. Por ese “suceso” que en todas ellas había estado vivo durante unos años inolvidables. Por ese “encuentro” donde la faena diaria, el rumor del trabajo de varios años, confirió a las mujeres de hoy, unos esquemas definitivos de personas para siempre insertas para el servicio de la sociedad. Por ese, en fin, “privilegio”, de haberse educado, formado, entre las paredes de esta, ya para todas, la fecunda “Uni” que llevan en su corazón y en cabeza.

De nuevo, el rumor y más abrazos, en el comedor, una vez finalizado el acto solemnísimo y emotivo del salón de actos... Siguen deslizándose los recuerdos. Siguen contándose cosas, las más alegres, alguna triste, pero, enseguida, se vuelve al hilo de la alegría. Porque no era un día cualquiera. Y había que aprovecharlo hasta el fondo. Bombardeo de risas y una comida sin parar mientes en el festín. Y es que era lo de menos. Lo demás era la amistad que había vuelto a renacer, a renovarse, pues sólo, de vez en cuando, algunas se habían hablado por teléfono, contándose cosas, pero siempre con la frialdad de la distancia de por medio.

Muchas decían que era un encuentro que era preciso repetir, pues el día se estaba pasado demasiado rápido, demasiado fugaz, teniendo tanto que contar, que decir, confesar, sobre aquello y esto, sobre lo demás, y lo acontecido cierto día, en medio del tráfago de la tarea diaria. Se hablaba de los hijos, de los problemas diarios, pero poco, pues, se era consciente del final de este maravilloso encuentro que no tardaría en cerrarse...

UNA CONCLUSIÓN FINAL

Cae por su propio peso el que –una vez que hemos dado a la reflexión tan emotivas sensaciones, en que la sinceridad ha campeado en todo momento–, surja algo que está en la mente de todos. Nos estamos refiriendo a la pregunta: “¿Fueron eficaces las Universidades Laborales?, ¿sirvieron para

algo? ¿Fueron útiles para tantos miles de jóvenes que, ilusionadas, allí convivieron en unos años difíciles, pero esperanzados para ellas?”.

O, por el contrario, ¿fue una pérdida de tiempo y de dinero, un despilfarro, que sólo sirvió para servir de escaparate a un régimen que de todo tenía menos de democrático? ¿Fueron unos años de consignas tele-dirigidas desde el poder, inculcándoles a las chicas directrices lastradas de falta de libertad, de creatividad, inyectándoles sentimientos de obediencia y de silencios, mientras aprendían conceptos e ideas orientados al mejor servicio de la dictadura franquista, que las controlaría, luego, en sus puestos de trabajo? ¿Acaso, no fue una experiencia más negativa que positiva, y nunca consecuente con los nuevos tiempos que, con el futuro, habrían de imponerse, con la ya no lejana llegada de la Democracia?

Son interrogantes y preguntas todas ellas que, desde una óptica libre y democrática, podrán tener unas contestaciones más o menos acertadas, o erróneas, porque los parámetros de la política, de la cultura, de la ciencia, de la mentalidad, de la pedagogía misma a emplear en los planes estudios, han cambiado todo el panorama social. Podrán ser contestaciones interesadas, o mal enfocadas, o, incluso mal interpretadas por nosotros, ciudadanos del año 2007, inmersos en una época de libertades públicas, que diferimos, en no pocas cosas, de las que se practicaron en tales años, en el seno de la Universidad Laboral.

Pero lo cierto y verdad es que, tales centros, en aquel tiempo, en aquellas limitaciones de todo tipo existentes, con otro perfil de enseñanza y filosofía de la vida, con otro estilo de comportamiento, tuvieron su cometido y su finalidad, en buena parte acertada y lograda, aunque tuviera fallos y equivocaciones en los que no vamos a entrar. Se las podrá tachar a tales Universidades de pretenciosas y de hechura falangista, donde se formaron jóvenes que deberían haber seguido otras rutas de educación y aprendizaje. No entramos en la polémica. Pero queremos transcribir, en estas mismas líneas, lo que señaló en el mencionado “Libro de visitas” una ex-alumna, de forma confidencial:

“Nunca hubiese podido disponer de tal abanico de posibilidades, si no hubiese sido por la beca de la Laboral; no me importa que nos sigan considerando ‘los hijos de Girón’, la laboral de Gijón es una obra maestra, independientemente de las políticas de obras faraónicas; los alumnos de Formación Profesional, de las Universidades Laborales, siempre fueron los mejores considerados en el mundo de la empresa, acababan con un contrato esperado. Todos los regímenes políticos tienen, al menos algo bueno,

para mí fue la oportunidad de formarme en la Laboral; incluso aquellos murales industriales que decoraban el hall y los pasillos; bueno, y también, el hecho de nacer en las cuencas mineras asturianas, para qué nos vamos a engañar, hizo que hoy mi principal “hobby” sea la defensa de la arqueología industrial, en este país nuestro que infravalora su propio patrimonio, que de eso Cáceres entiende un rato. Después en Económicas, puedo contar con los dedos de una mano los profesores realmente buenos que he tenido, y sin embargo, en la Laboral, el listón siempre estuvo muy alto...”.

Por otra parte, no está demás traer aquí unas palabras que hemos entresacado del Informe realizado por la dirección del centro, en el año 1988, y al cual ya hemos hecho referencia. En uno de sus puntos, se hace esta pregunta: “¿Está justificada la existencia de los CEIs, en la actualidad?, y en el futuro?” La respuesta del informe es la siguiente:

“Existen en la geografía española infinitos pueblos y aldeas alejados de poblaciones con centros de enseñanza secundaria. Existen niños y niñas cuyas familias no tienen capacidad económica para costear una residencia –si es que la hay– en dichas poblaciones. Hay adolescentes que terminan la enseñanza primaria en esos lugares y en esas familias que valen para seguir estudiando y, además, quieren hacerlo. Los Centros de Enseñanzas Integradas pueden –y lo están haciendo de hecho– solucionar un gran porcentaje en estos casos. El número de personas rescatadas de las garras de la ignorancia y el subdesarrollo, por este procedimiento, es realmente impresionante en nuestro país. Baste pensar que el número de alumnos atendidos en estos centros ronda los 40.000 por curso. Si todos, o un 85% responden a las características antes descritas, el esfuerzo puede que haya valido la pena, si nuestros valores de convivencia se fundan en la solidaridad y no en la ley de la selva”

Nosotros no añadimos una palabra de más. Es cierto, como señala dicho informe, que sea posible, sin embargo, que “en el futuro –dichos CC.EE. II– sean de otro modo o no sean, simplemente”. Por ello, siguen opinando los responsables del escrito, que la Autonomía extremeña “debería ir meditando en cómo sacarle el máximo provecho”, pensando, por ejemplo, en la fundación de residencias, también masculinas, para la atención a toda demanda regional, sin que ello signifique aislamiento de las provincias y autonomías vecinas –o más lejanas–.

Para qué seguir. Que el lector deduzca, saque sus propias conclusiones. Que el lector se informe sin prejuicios, sin tener resabios ni orejas. Que el lector mire y observe, analice y reflexione. Y verá, a lo mejor,

que, entre nieblas y neblinas, hay mucho que aplaudir, mucho que agradecer y mucho que valorar y admirar. Tengamos en cuenta que las líneas alborozadas, anteriormente transcritas, están dentro de ese pentagrama de la vida sin espurias sensaciones de pretendidos intereses a la hora de manifestarlo. Pues, los “regalos”, los cómplices apaños entre unos y otros no tendrían sentido. Ni mucho menos lógica. Pues todas las mujeres que así se han pronunciado tienen ya su puesto de trabajo, sin nada que las haya obligado a decir lo que han dicho.